

Escuela y socialización

Jaume Camps

UIC Barcelona

En buena parte, las sociedades se estructuran por medio de instituciones que tienen objetivos concretos y satisfacen necesidades humanas. Las instituciones, por tanto, tienen un origen funcional. La escuela es una de esas instituciones cuya finalidad es educativa y está dirigida a las nuevas generaciones en sus primeras etapas vitales.

Aunque seguramente el lector estará de acuerdo con lo dicho hasta ahora, observamos que existen en nuestro entorno y también en la opinión pública, ciertos desencuentros doctrinales sobre en aspectos básicos de la función escolar. Uno de los más comunes es en mi opinión, la afirmación de que la escuela es el principal agente socializador de los alumnos, frente a otra postura que defiende simplemente la centralidad de la escuela como canal de conocimientos y destrezas académicas.

A pocos se les escapa la demagogia que contiene esa discusión, ya proceda de una u otra postura. Evidentemente la escuela tiene la función socializadora de situar a chicas y chicos en el mundo mediante unos conocimientos teóricos y prácticos que implican un desarrollo de su autonomía, capacidad de colaboración, empatía, conocimiento del entorno y capacidades profesionales entre otros aspectos.

Biscarri¹ ha definido la socialización como el proceso mediante el cual un individuo aprende a ser miembro participante de una sociedad. Este mismo autor describe la socialización como “control de impulsos”, “aprendizaje de normas”, y vía para “interiorizar las expectativas de los demás”.

Sin embargo, en todo este debate aparece con frecuencia un factor ideológico de fondo del que pocas veces se habla: la consideración de la escuela como único y principal entorno educativo, y por tanto único responsable de cualquier problema que aparezca en la sociedad.

Como docente he participado en campañas contra el tabaco, o para que los niños coman más pescado, y también otras de sensibilización ecológica. Evidentemente hay que educar a los niños en esos aspectos; pero el mismo término “campaña” denota que nos encontramos en realidad ante un cierto “apaño” motivado por alguna necesidad social acuciante que pretendemos resolver.

El resultado es que este punto de vista pone en la escuela unas expectativas quizás superiores a su misión y función originarias. La escuela no es la única entidad que educa y quizás lleguemos incluso a descubrir que no sólo no es la única sino que tampoco es siquiera la principal.

Como afirma Quintana², “no existe la educación en la sociedad porque padres y maestros nos dediquemos a educar, sino que educamos porque la educación existe en la sociedad: la educación es una función social”.

¹ Joan Biscarri, Luis Samper i Jaume Sanuy, *Socialització infantil i dinàmica del grup classe*. Lleida, Ed. Dilagro, 1985.

² José María Quintana, *Sociología de la educación*. Madrid, Ed. Dykinson, 1989.

En ese sentido, la educación está siempre presente en cualquier sociedad y lo está de diversas formas; la escuela tan sólo es una de ellas y por cierto muy reciente. De hecho en el Paleolítico los humanos ya educaban a sus pequeños, aunque la institución escolar no se crearía hasta centenares de miles de años más tarde.

La educación, pues, precede a la escolarización y la sociedad precede a la escuela en la función de educar. Es de justicia por tanto reconocer el papel de la familia en este proceso, ya que de hecho es la primera instancia socializadora en el tiempo, el “núcleo inicial más poderoso para el desarrollo afectivo de las personas”, según Marchesi³.

Efectivamente, en el clima familiar se dan unas posibilidades socializadoras necesarias y diferentes de las que pueden ofrecer otros entornos educativos. Mannheim afirma que en los grupos pequeños como el familiar, “en los que cada uno siente que mucho depende de sus acciones y en los que cada uno aprende a asumir su responsabilidad, en lugar de perderse en el anonimato de la masa, es donde florecen las pautas sociales y se da plenamente el desarrollo de la individualidad”⁴.

De acuerdo con todo ello, la escolarización puede contribuir a la socialización, pero no deja de ser una etapa que se da hasta cierta edad, y durante unas horas al día; mientras que la familia sigue siendo una institución socializadora todo el día y todos los días durante toda la vida. Algo parecido sucede con el resto del entorno social (medios de comunicación, amigos, cultura...), que está presente educando a niños y niñas de forma permanente. En consecuencia, debemos reconocer el papel limitado de la escuela; sus posibilidades no son infinitas, ni su actividad es tampoco el meollo de la socialización.

Una preocupación realista por la socialización debe pasar, desde mi punto de vista, por cinco entidades, ninguna de las cuales es la exclusiva y definitiva: la familia, el grupo de pares⁵, los medios de comunicación, la cultura⁶ y la escuela.

Una evidencia del papel socializador muy limitado de la escuela es la constante referencia de los educadores a las dificultades o la imposibilidad educativa de la escuela como agente educativo y socializador cuando los entornos sociales, familiares y medios de comunicación no suponen un apoyo decidido a su tarea.

Quintana se refiere a este tema abordando lo que él denomina la artificiosidad escolar: “se quiso hacer de la escuela una comunidad en pequeño, procurando que la comunidad escolar reflejara todas las facetas de la comunidad real. Se intenta, en este plan, que los niños vivan las mismas realidades que los adultos, como, por ejemplo, la vida del trabajo en equipo y las prácticas de la democracia (autogestión). La llamada *Escuela Nueva* representa una magnífica puesta en práctica de esta progresiva idea. Pero esta concepción no deja de tener inconvenientes, ya que la escuela en ella inspirada sigue constituyendo un enclave dentro de la sociedad, y las relaciones con ésta no pasaban de ser artificiosas”.

³ Álvaro Marchesi, *Atendre la diversitat, ensenyar a tots els alumnes, Revista del Col·legi Oficial de Doctors i Llicenciats en Filosofia i Lletres i en Ciències de Catalunya*, núm. 123.

⁴ Karl Mannheim, citado por Amitai Etzioni, *La nueva regla de oro*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999.

⁵ Entiendo aquí por ‘pares’, si se me permite la simplificación de un tema tan complejo: los compañeros de la misma edad y sexo.

⁶ Al decir ‘cultura’ me refiero a las mentalidades, creencias, estereotipos, etc. presentes en el entorno social y que se manifiestan no solo en los medios de comunicación.

Sirva como ejemplo el debate abierto sobre la función de la escuela a raíz del debate sobre la *'mixticitad'* escolar en Francia⁷: “la cohabitación escolar de niñas y niños no es en absoluto un principio republicano - explica Dominique Schnapper-. Aunque el principal argumento de sus defensores consiste en decir que la escuela debe mezclar chicas y chicos porque la sociedad está compuesta de mujeres y hombres; en la concepción de la República, el espacio público no representaba la sociedad civil, desigual por esencia sino que más bien al contrario, se construía opuestamente a ella. También la escuela debía ser por tanto un lugar protegido, y trascender la sociedad de un modo más impersonal, formal, igualitario. Por tanto y desde este punto de vista, la *'mixticitad'* marca más bien un debilitamiento de la idea republicana”.

En consecuencia, no debemos dar por supuesto que la escuela deba ser un mero reflejo de la sociedad, algo así como un mundo en miniatura, cuyo objeto es socializar correctamente a los alumnos. Es más, la proximidad de la escuela al mundo exterior puede ser a veces incluso una dificultad para una socialización positiva; pues no todo lo que está presente en la sociedad es positivo y por tanto no debería introducirse en la escuela sin ningún tipo de filtro educativo.

La entrada de los alumnos en el recinto escolar quizás deba volver a adquirir algo de la gravedad que tuvo, de tal manera que se facilite a las maestras y maestros el que puedan crear dentro de la escuela esa sociedad mejor a la que aspiramos, y no convertir esta institución en mera reproductora de las situaciones sociales que quizá aunque más comunes no son las más deseables en el aprendizaje educativo.

En definitiva, la escuela debe encontrar el difícil equilibrio entre una adecuada integración social de sus alumnos y el necesario distanciamiento social capaz de lograr una educación eficaz.

⁷ Dominique Schnapper, *L'Express*, 28/08/2003.